

El sudor de tu frente es la gloria del trabajo

Por James M. Hamilton Jr.

Tabla de contenido

Introducción

Parte I: La creación

La gran tarea de Adán

Parte II: La caída

La trágica transgresión de Adán

La promesa de la simiente de la mujer

Parte III: La redención

La simiente de la mujer y la obra de Adán en el mundo

Salomón como nuevo Adán

La conclusión positiva de Salomón

Uno más grande que Salomón

Las instrucciones de Pablo

Parte IV: La restauración

Conclusión

Introducción

- ¿Para qué sirve el trabajo?
- ¿Para qué sirven las personas?
- ¿Para qué sirve el mundo?

Para comprender el trabajo, debemos comprender el mundo y el lugar del hombre en el mundo. Esta guía de estudio busca mostrar que la Biblia enseña que Dios construyó el mundo como un templo cósmico, y que puso al hombre en el templo cósmico como Su imagen viviente, para ser Su rey-sacerdote, a quien le dio la tarea de ejercer dominio y llenar el cosmos con los portadores de la imagen de Dios para que fuera lleno de Su gloria. Esta gran tarea requiere un bendito equilibrio entre el trabajo y la vida personal: una comprensión armoniosa del matrimonio, la familia y el gran esfuerzo, porque para ser fructífero y multiplicarse, el matrimonio debe prosperar, y para que el mundo se llene de la gloria de Dios, los hijos deben ser criados en el temor y la amonestación del Señor. Si ha de hacer el trabajo correctamente, el hombre no puede ser ni adicto al trabajo ni holgazán. El éxito requerirá una vida equilibrada, prosperando en casa y prosperando en el campo.

Demostrar que la Biblia realmente enseña estas cosas nos llevará a través de todo el argumento de la Biblia. Consideraremos cómo comenzaron las cosas en la muy buena creación, contemplando la obra que Dios encomendó al hombre. A partir de ahí examinaremos cómo cambiaron las cosas cuando el hombre cayó en pecado, luego analizaremos el lugar del trabajo en el programa de redención de Dios, para finalmente considerar lo que la Biblia indica sobre el trabajo en la restauración de todas las cosas.

El alcance de este proyecto no nos permitirá ser exhaustivos, por lo que enfocaremos nuestra discusión en cinco figuras principales, las se centran en el propio Señor Jesús. Comenzaremos con Adán en el huerto, pasaremos de él al hijo de David, rey de Jerusalén, Salomón, quien tenía tanto que decir sobre el trabajo, y luego a Jesús, en quien todo se cumple. Desde las enseñanzas de Salomón antes de Jesús, dirigiremos nuestra atención a las enseñanzas de Pablo después de Jesús, antes de concluir nuestras consideraciones con el nuevo Adán en el cumplimiento del huerto del Edén al final. La estructura quiástica de esta presentación se puede representar de la siguiente manera:

Adán

Salomón

Jesús

Pablo

Nuevo Adán

Parte I: La creación

En la creación, Dios construyó para Sí mismo un templo cósmico. En el templo cósmico Dios colocó Su propia imagen y semejanza, la humanidad. Varón y hembra los hizo a Su imagen (Gn 1:27), y Dios los bendijo y les dio Su encargo: aquellos a imagen del invisible Dios tenían la responsabilidad de ser fructíferos y multiplicarse, para llenar la tierra y dominarla, ejerciendo el dominio dado por Dios sobre el reino animal (1:28). De ese modo llenarían la tierra con la gloria de Dios como las aguas cubren los mares (Is 11:9; Hab 2:14; Sal 72:19), haciendo que desde la salida del sol hasta el lugar de su puesta, el nombre del Señor sería alabado (Mal 1:11; Sal 113:3). Así, desde el principio Dios dio al hombre trabajo que hacer, para que la gloria de Dios fuera magnificada.

La bendición de Dios en Génesis 1:28 apunta a una muy buena creación original, antes de la caída, y un equilibrio entre el trabajo y la vida (cf. Gn 1:31). El hombre no caído disfrutaría de relaciones armoniosas con su esposa, y juntos disfrutarían de la bendición de Dios al reproducirse en hijos no caídos, quienes se unirían a sus padres en la gran tarea de llenar la tierra con su descendencia, sojuzgarla y ejercer dominio sobre los animales. El resultado sería que en cada rincón de la creación, las representaciones visibles del Dios invisible, aquellas a Su imagen y semejanza, traerían Su carácter, presencia, autoridad y reinado, haciéndolo conocido.

Cuando comparamos lo que Dios hace en Génesis 1 con lo que le pide al hombre que haga en Génesis 2, obtenemos una mejor comprensión del programa de Dios. Mientras creaba el mundo, Dios nombró lo que hizo en Génesis 1. Convocaría algo mediante Su palabra de mando (por ejemplo, “¡Sea la luz!” [Gn 1:3]), y luego le pondría nombre (por ejemplo, “Y Dios llamó a la luz día” [1:5]). Este patrón ocurre una y otra vez (diez veces leemos que “Dios dice”, y siete veces el Señor dice que “algo sea hecho” en Génesis 1), de modo que cuando llegamos a Génesis 2 reconocemos que se repite. Aquí Dios hace a los animales, pero en lugar de nombrarlos Él mismo, se los lleva al hombre para que esté les dé un nombre (2:19). Es como si Dios estuviera trayendo consigo a Su aprendiz en la tarea de vicegerencia.

La gran tarea de Adán

Dios le dio al hombre dominio sobre los animales (1:26, 28), y luego Dios le dio al hombre la oportunidad de hacer con la creación de Dios lo que Dios mismo había estado haciendo: nombrarla (2:19-20). Esto sugiere que, como representación visible del Dios invisible, la tarea del hombre consiste en hacer que la autoridad, el reinado, la presencia y el carácter invisibles de Dios influyan en toda la creación.

Dios ha formado y llenado el mundo, y la tarea del hombre es completar la obra. Además de la tarea de nombrar, el Señor puso al hombre en el huerto para que lo cultivara y lo cuidara (Gn 2:15). Estos términos “cultivar” y “cuidar” también pueden traducirse “servir” y “guardar [proteger]”, y solo se usan juntos en otras partes del Pentateuco para describir las responsabilidades de los levitas en el tabernáculo (Nm 3:8). Esto indica que Moisés quiere que su audiencia discierna que lo que los levitas eran para el tabernáculo, Adán lo era para el huerto.

Así, como vicerregente de Dios, ejerciendo dominio en la creación de Dios, Adán reina (“ejerce dominio” [Gn 1:26, 28]) como el rey visible que representa al invisible (1:27). Es un proto-levita (2:15) en el lugar donde Dios camina al fresco del día (Gn 3:8), Adán sirve como sacerdote en el lugar santísimo original, mediando el conocimiento del creador a la creación.

En Génesis 2, Dios prohibió comer del árbol del conocimiento del bien y del mal (Gn 2:17) antes de la creación de la mujer (2:18-23). Y vemos que ella tenía conocimiento de esta prohibición (3:1-4), lo que indica que el hombre se la comunicó. De este modo, ha servido como figura profética, comunicando la palabra revelada de Dios a otros.

De lo que Adán hace en el mundo de Dios, podemos concluir lo siguiente: aunque a Adán no se le llama específicamente “rey”, “sacerdote” o “profeta”, él ejerce cada una de esas funciones: reinar sobre la creación, trabajar y guardar la morada santa de Dios y comunicar la palabra revelada de Dios a otros.

Discusión y reflexión

1. ¿En qué se diferencia este recuento del relato de la creación de cómo lo habías pensado anteriormente?
2. ¿De qué manera las tareas asignadas a Adán pueden moldear tu visión del trabajo?

Parte II: La caída

Y entonces todos en el escenario se rebelaron. La serpiente, que como bestia del campo debía estar bajo el dominio del hombre, engañó a la mujer e indujo al hombre a pecar (Gn 3:1-7). El hombre, cuya función de cuidar el huerto probablemente implicaba mantener alejadas a las serpientes inmundas, y además, definitivamente significaba defender la prohibición de Dios de comer del árbol y proteger a la mujer, permitió que la serpiente dijera sus mentiras rebeldes y engañara a la mujer. El hombre entonces se quedó de brazos cruzados mientras ella comía del árbol antes de comer él mismo (3:8). La mujer, que al menos podría haber remitido la serpiente al hombre, aceptó las acusaciones, calumnias y sugerencias de la lengua pársel, comió del árbol y entregó ese fruto prohibido directamente al hombre.

La trágica transgresión de Adán

El que tenía dominio (rey) como vicerregente de Dios sobre los animales pecó porque la serpiente lo tentó. Aquel que tenía el papel sacerdotal de servir y guardar, profanó el lugar santo con su transgresión. Aquel que había ejercido la función profética de recibir y comunicar la palabra reveladora de mando, él mismo transgredió esa misma prohibición.

Y el pecado hizo que el trabajo de todos fuera más difícil.

La mujer fue hecha para fructificar y multiplicarse con el hombre (Gn 1:28). Como resultado del pecado, ella tendría dolores en el parto (3:16a). Ella también fue hecha para ayudar al hombre (2:18), pero ahora su deseo sería por su marido en el sentido de que querría controlarlo, y él la gobernaría con fuerza innecesaria (3:16b; ver 4:7).

El hombre fue hecho para trabajar el huerto, pero a causa del pecado la tierra fue maldecida (3:17) y ahora produciría espinos y cardos (3:18). Dios le dijo al hombre que comería con doloroso trabajo y frente sudorosa (3:19), luego lo desterró del jardín (3:23-24).

No se puede subestimar la trágica devastación. La figura sacerdotal encargada de proteger el reino puro de la vida permitió que una serpiente inmunda entrara, tentara e indujera el pecado que resultaría en la muerte. La figura profética a la que se le dio la revelación directa de Dios no solo no insistió en que se obedeciera la palabra de Dios, sino que él mismo la transgredió. La figura real a la que se le concedió el dominio sobre los animales entregó su reinado a una serpiente mentirosa.

La historia del pecado que hace que todo sea más difícil continúa en Génesis 4, donde Caín, un “labrador de la tierra” (Gn 4:2, el término traducido “labrador” o

“trabajador” es el mismo término usado para describir a Adán “trabajando” la tierra en el huerto en 2:15), asesina a su hermano Abel, “pastor de ovejas” (4:2). Cuando se le pide cuentas, Caín pregunta si se suponía que él era el “guardián” de su hermano (4:9, el mismo término usado para describir a Adán cuidando el huerto en 2:15). Luego, el Señor le dice a Caín, el trabajador/labrador de la tierra, “maldito eres de la tierra” (4:11), y además que cuando trabaje/cultive la tierra, ésta no le dará sus fuerzas (4:12). La serpiente tiente con el mensaje de que la desobediencia hará la vida más fácil, pero ella es mentirosa. Satanás es el padre de mentira (Jn 8:44). La verdad es que el pecado hace que toda la vida, incluido el trabajo, sea más difícil.

En lugar de llenar el mundo con la imagen y semejanza de Dios, quien ejercería dominio de acuerdo con su carácter, como indica Génesis 1:27-28, la pareja inicial pecó y llenó el mundo de violencia (6:11). Dios, sin embargo, no entregó Su programa a la serpiente.

La promesa de la simiente de la mujer

El Señor le dice a la serpiente que tendrá enemistad con la mujer (Gn 3:15a), de lo cual se pueden deducir tres puntos:

1. Primero, aunque el hecho de que la mujer se esconda de Dios indica que está espiritualmente muerta, y aunque su expulsión del Edén significa que ha sido arrojada del reino puro de la vida al reino inmundo de los muertos, el hecho de que habrá enemistad significa que habrá un conflicto continuo, por lo que todavía no va a morir físicamente.
2. Segundo, la enemistad significa que la mujer no se une a la serpiente, sino que se opone a esta. Cuando el Señor continúa diciéndole a la serpiente que esta enemistad se extenderá a su descendencia y a la descendencia de la mujer (3:15b), aprendemos que el hombre también continuará viviendo y resistiendo a la serpiente, porque él es necesario para que la mujer tenga simiente o descendencia.
3. Finalmente, aunque el término hebreo “simiente” puede usarse para un individuo o un grupo (así como en español se puede hablar de una sola semilla o de una bolsa entera de semillas), la semilla de la mujer se identifica como un individuo masculino, quien herirá la cabeza de la serpiente, recibiendo Él mismo una mordedura en el talón (3:15c). Se puede sobrevivir a una herida en el talón, mientras que una herida en la cabeza puede ser mortal, esto sugiere una victoria sobre la serpiente.

En la creación, la obra de llenar la tierra (Gn 1:28) requirió que el hombre y la mujer fueran fructíferos y se multiplicaran. En la promesa de redención en Génesis 3:15, se mantiene la misma verdad: para que la serpiente tenga la cabeza aplastada, el

hombre y la mujer deben ser fructíferos y multiplicarse. Tanto el proyecto de creación de Dios como el proyecto de redención de Dios requieren que el hombre y la mujer se unan en matrimonio (2:24) para realizar la obra de procrear y criar hijos piadosos.

Discusión y reflexión

1. ¿Cómo fue el pecado de Adán una rebelión contra las tres tareas que Dios le había encomendado (rey, sacerdote y profeta)?
2. ¿De qué manera puedes ver el impacto del pecado en tus propias relaciones y trabajo?

Parte III: La redención

El programa de redención de Dios comienza en Génesis 3:15 con la promesa de que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Esta promesa lleva a Abraham. Las promesas de Dios a Abraham en Génesis 12:1-3 desarrollan la promesa inicial de redención contenida en Génesis 3:15, y estas promesas, a su vez, se desarrollan a lo largo de la vida de Abraham (Génesis 22:15-18). Luego son dadas a Isaac (26:2-5) y a Jacob (28:3-4). La bendición de Jacob a Judá (49:8-12) también añade y extiende las promesas.

La línea de descendencia fluye hasta David, y Dios promete levantar la descendencia de David y establecer el trono de su reino para siempre (2S 7). En el nacimiento de Noé en Génesis 5:28–29, el padre de Noé, Lamec, había expresado su esperanza de que su descendencia traería alivio del trabajo y de la dolorosa obra en la tierra maldita. El lenguaje de Génesis 5:29 recuerda el lenguaje de Génesis 3:17, sugiriendo que personas como Lamec buscan una simiente de la mujer que no solo triunfará sobre la serpiente, sino que también quitará los juicios que dificultan el trabajo.

El tentador será vencido. El pecado no prevalecerá. El resultado del pecado –la muerte– no tendrá la última palabra. El hecho de que Enoc no muriera (Gn 5:21-24) indica que la descendencia de la mujer espera que Dios venza la muerte y todo lo que la causó.

El remanente creyente en el Antiguo Testamento entendió y creyó que Dios levantaría una simiente individual de la mujer, simiente de Abraham, simiente de Judá, simiente de David, que derrotaría a la serpiente y así volvería a encaminar las cosas en una senda que conduciría a que los propósitos de Dios se cumplieran.

La simiente de la mujer y la obra de Adán en el mundo

¿Cuáles fueron esos propósitos? Como se señaló anteriormente, Dios construyó el mundo como un templo cósmico. Cuando redimió a Israel de Egipto y entró en pacto con ellos en el Monte Sinaí, les dio una réplica en pequeña escala del templo cósmico: el tabernáculo. Esto explica por qué David quería construir un templo para el Señor una vez que hubiera descansado de todos los enemigos que lo rodeaban (2S 7:1).

Para decirlo sin rodeos, David entendió la tarea de Adán, entendió que estaba en la línea de la descendencia de la simiente de la promesa, entendió su papel como rey de Israel, y por eso buscó llevar a cabo la tarea que Dios le había encomendado a Adán. Recibió las promesas de 2 Samuel 7 y luego comenzó a conquistar en todas direcciones en 2 Samuel 8 – 10. El deseo de David de construir un templo para el Señor representa su deseo de establecer el reinado del Señor en Israel, como el

punto de partida para que el rey de Israel reine sobre todas las naciones para el Señor (ver Sal 2:7-9).

David articuló su deseo de realizar esta gran obra al profeta Natán (2S 7:2), y esa noche el Señor le reveló a Natán que, aunque David había derramado demasiada sangre para construir el reino puro de la vida (1Cr 22:8, toda esa muerte aparentemente lo hacía impuro), Dios construiría una casa para David (2S 7:11), levantaría la descendencia de David (7:12), establecería su reino y trono (7:13), y sería para él un padre (7:14).

Salomón como el nuevo Adán

La promesa del Señor de una casa a David (2S 7:11) parece referirse a una casa dinástica, una línea de reyes que descienden de David. Al mismo tiempo, la promesa del Señor de una simiente particular cuyo trono será establecido para siempre (7:12-13) apunta a el Rey en quien culmina la línea. La ambigüedad en las declaraciones crearía anticipación de que cada nuevo rey del linaje de David podría ser el indicado. Y con la promesa en 2 Samuel 7:13 que establece que la descendencia de David construiría una casa para el nombre de Dios, el logro de esa hazaña por parte de Salomón se interpretaría como un cumplimiento (1R 5 – 9) hasta que su propio fracaso idólatra se hiciera manifiesto (1R 11:1-13). 1 Reyes 4 presenta a Salomón como un nuevo Adán, que emprende la obra de Adán ejerciendo dominio (4:24), y al igual que Adán al nombrar a los animales, Salomón “diserto sobre los árboles... También habló de ganados, aves, reptiles y peces” (4:33).

Las propias reflexiones de Salomón sobre lo que se propuso realizar en el libro de Eclesiastés son particularmente relevantes para nuestra consideración de la obra que realiza el pueblo de Dios. Salomón emprendió la gran tarea que Dios le encomendó a Adán, y descubrió que, debido al pecado y la muerte, el intento fue vanidad. Aun así, Salomón encontró placer en el trabajo, disfrutando tanto de lo que tenía que hacer como de los frutos de su trabajo, y recomienda a otros que hagan lo mismo.

Salomón relata que su objetivo era “ver lo que era bueno para los hijos de Adán bajo el cielo, el número de los días de sus vidas” (Ec 2:3, traducción del autor). A medida que Salomón procede a detallar lo que se comprometió a hacer, sus proyectos recuerdan lo que Dios hizo cuando creó el mundo. Salomón parece haber entendido que su tarea era reflejar el carácter de Dios en su obra, y por eso describe lo que hizo en términos que recuerdan lo que Dios hizo.

En el hebreo original y en la traducción al español, la terminología de Eclesiastés 2:4-8 coincide tanto con las palabras y frases utilizadas como con la secuencia de eventos descritos en el relato de la creación del Génesis (y otras partes del Antiguo

Testamento). Salomón dice por primera vez en 2:4: “Engrandecí mis obras”. Las obras de Dios en la creación son ciertamente grandes, y así se describen en otras partes del Antiguo Testamento (por ejemplo, Sal 104:1). Hemos notado que en la creación Dios se construyó un templo cósmico, o una casa (ver Is 66:1; Sal 78:69), y Salomón luego dice: “Me edifiqué casas” (Ec. 2:4).

Aquí la terminología se vuelve fuertemente paralela. El lenguaje usado en Génesis 2:8, “Y el SEÑOR Dios plantó un huerto hacia el oriente”, es retomado por Salomón cuando afirma: “Me planté viñas; me hice jardines y huertos” (2:4b-5a). Génesis 2:9 relata cómo “El SEÑOR Dios hizo brotar de la tierra todo árbol agradable a la vista y bueno para comer. Asimismo, en medio del huerto, hizo brotar el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal”. Así también Salomón: “Planté en ellos toda clase de árboles frutales” (2:5b).

Génesis 2:10 relata: “Del Edén salía un río para regar el huerto”. Salomón también proporcionó riego: “Me hice estanques de aguas para regar el bosque con árboles en pleno crecimiento” (Ec 2:6). El flujo de pensamiento en Génesis corresponde paso a paso al flujo de pensamiento de Salomón en esta sección de Eclesiastés. Génesis 2:11-14 describe los cuatro ríos que fluyen del que salió del Edén para regar el jardín en 2:10, y luego en Génesis 2:15 dice que “el SEÑOR Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén para que lo cultivara y lo cuidara”. Habiendo preparado su jardín, para poner esto en un lugar que resuene con otras declaraciones de las Escrituras, “el siervo del Señor” es puesto en el huerto para “trabajarlo”. Mientras que Génesis 2:15 emplea la forma verbal de la raíz hebrea que puede traducirse “servir/trabajar”, en Eclesiastés 2:7 Salomón usa la forma sustantiva de la misma raíz, que puede traducirse “siervo/esclavo” cuando dice: “Compré esclavos y esclavas, y tuve esclavos nacidos en casa. Tuve también ganados, vacas y ovejas, más que todos los que me precedieron en Jerusalén”. Así como Dios creó al hombre para que sirviera en Su huerto, Salomón adquirió sirvientes para trabajar en su intento por llegar al Edén.

En medio de la descripción de uno de los cuatro ríos, Génesis 2:12 menciona oro, bedelio y ónice, y así también en Eclesiastés 2:8 Salomón afirma: “Reuní también plata y oro”. Salomón nuevamente afirma cómo superó a todos los que estuvieron antes de él en Jerusalén en 2:9, lo cual incluiría no solo a su padre David, también al estimado rey-sacerdote Melquisedec (Gn 14:18-20; Sal 110:4). Luego afirma: “Y de todo cuanto mis ojos deseaban, nada les negué, ni privé a mi corazón de ningún placer, porque mi corazón gozaba de todo mi trabajo. Esta fue la recompensa de toda mi labor” (Ec 2:10). Así, Salomón afirma su gran satisfacción y disfrute por las monumentales tareas que emprendió. Y, sin embargo, continúa diciendo en 2:11: “Consideré luego todas las obras que mis manos habían hecho y el trabajo en que me había empeñado, y resultó que todo era vanidad y correr tras el viento, y sin provecho bajo el sol”.

A pesar de toda la importancia y satisfacción que Salomón encontró al realizar el trabajo, descubrió que no podía realizar la tarea adámica. Tratar hacerlo fue un intento vano por todas las razones que enumera a lo largo del resto del libro de Eclesiastés. Intentar lograr lo que Dios le dio a Adán es como tratar de atrapar la brisa mientras sopla: el viento se desliza entre los dedos. No tiene asas y no hay forma de que un simple humano pueda agarrarlo. Las palabras de Salomón intentan expresar la inutilidad de la condición humana caída. El pecado hace que todo se doble, y lo que se dobla no se endereza fácilmente (Ec 1:15a). El pecado también hace que falte algo esencial en todo esfuerzo, y lo que falta no se puede enumerar (1:15b). Y la mortalidad que pone fin a toda vida humana se suma a la vanidad y la brevedad de lo que cualquier ser humano logra.

Eclesiastés 2:12 parece continuar la línea de pensamiento: “Yo volví, pues, a considerar la sabiduría, la locura y la insensatez. Porque ¿qué *hará* el hombre que venga después del rey *sino* lo que ya ha sido hecho?”. Duane Garrett sostiene que “el rey’ se refiere nada menos que al ‘Adán’ de Génesis 2 – 4”, explicando hay un plural en el “hombre... ha sido hecho” para que coincida con el plural “hagamos al hombre” en Génesis 1:26, y parafrasea Eclesiastés 2:12 de la siguiente manera: “¿Es probable que venga un ser humano que sea mejor que el rey, Adán, a quien Dios hizo hace mucho tiempo?”.

Así, Salomón parece estar intentando el gran proyecto de reinar como rey de Israel a imagen y semejanza de Dios. Procuró cumplir su responsabilidad como descendencia de David en la línea de la descendencia de la simiente de la mujer, intentando ser un nuevo Adán. Descubrió que a pesar de todas las formas en que Dios le había regalado sabiduría, riqueza y grandeza (1R 3:10-14; Ec 1:16; 2:9), debido a lo que Adán hizo, se enfrentó a una barrera insuperable para obtener el éxito total, es decir, la muerte. El hecho de que la muerte les suceda a todos, tanto a los sabios como a los necios, resulta en vanidad en Eclesiastés 2:14-17. El pecado de Adán trajo la muerte al mundo. El hecho de que Salomón muera significa el fin de sus proyectos y ningún recuerdo duradero (Ec 1:11; 2:16). Salomón no solo reconoce que su muerte garantizará el fin de su propio esfuerzo, también ve que todo su trabajo quedará en manos de otro, que puede ser sabio o necio, lo que solo aumenta el sentido de vanidad (Ec 2:18– 19).

Muy desanimado por estas realidades (Ec 2:20), Salomón lamenta el hecho de que los trabajadores hábiles que han ganado cosas deban dejárselas a quienes no trabajaron por ellas (2:21). Retomando la idea de 2:3, donde había manifestado su intención de descubrir qué es lo bueno que debe hacer el hombre, Salomón pregunta qué gana el hombre con su trabajo y esfuerzo (2:22), en vista del hecho de que la vida está llena de tristeza, el trabajo es fastidioso y el sueño muchas veces fugaz (2:23). En este punto de su magistral libro, Salomón presenta las ideas que

recomienda a su audiencia, y sus sentimientos son relevantes para todos los que viven y trabajan entre la caída de Adán y el regreso de Cristo.

¿Qué consejo ofrece Salomón a quienes intentan honrar a Dios cumpliendo su destino como seres humanos a imagen y semejanza de Dios solo para darse cuenta de que la muerte hace que sus esfuerzos sean vanos? La respuesta se puede encontrar primero en Eclesiastés 2:24-25, y Salomón repite la sustancia de esta respuesta una y otra vez a lo largo de su libro (ver Ec 3:12-13; 3:22; 5:18; 8:15; también considerar que 9:7-10 y 11:8-10 son similares). Las grandes ideas son que:

- (1) No hay nada mejor para un hombre
- (2) que debe comer y beber y
- (3) disfrutar de su trabajo, porque
- (4) si puede hacer eso, es un regalo de Dios para él, y Dios no le da el regalo a todos (ver 2:26; 6:1-2).

La siguiente tabla muestra estos textos desde la Nueva Biblia de las Américas (NBLA):

La conclusión positiva de Salomón

Referencia en Eclesiastés	Nada mejor	Comer y beber	Disfrutar el trabajo	Regalo de Dios
2:24-25	No hay nada mejor para el hombre	que comer y beber	y decirse que su trabajo es bueno.	Yo he visto que también esto es de la mano de Dios. Porque ¿quién comerá y quién se alegrará sin Él?
3:12-13	Sé que no hay nada mejor para ellos que regocijarse y	además, sé que todo hombre que coma y beba	y vea lo bueno en todo su trabajo,	que eso es don de Dios.

	hacer el bien en su vida;			
3:22	He visto que no hay nada mejor		para el hombre que gozarse en sus obras,	porque esa es su suerte. Porque ¿quién le hará ver lo que ha de suceder después de él?
5:18	Esto es lo que yo he visto que es bueno y conveniente:	comer, beber y	gozarse uno de todo el trabajo en que se afana bajo el sol en los contados días de la vida	que Dios le ha dado; porque esta es su recompensa.
8:15	Por tanto yo alabé el placer, porque no hay nada bueno para el hombre bajo el sol	sino comer, beber y divertirse,	y esto le acompañará en sus afanes en los días de su vida	que Dios le haya dado bajo el sol.
9:7-10		Vete, come tu pan con gozo, y bebe tu vino con corazón alegre, porque Dios ya ha aprobado tus obras. En todo tiempo sean blancas tus ropas, y que no falte ungüento	Goza de la vida con la mujer que amas todos los días de tu vida fugaz	que Él te ha dado bajo el sol, todos los días de tu vanidad. Porque esta es tu parte en la vida y en el trabajo con que te afanas bajo el sol. Todo lo que tu mano halle para hacer,

		sobre tu cabeza.		hazlo según tus fuerzas; porque no hay actividad ni propósito ni conocimiento ni sabiduría en el Seol adonde vas.
--	--	------------------	--	---

Estas declaraciones son fundamentalmente esperanzadoras. Afirman que, aunque la experiencia del hombre mortal es vana, tiene valor recibir la vida, el trabajo y el alimento como buenos regalos de Dios.

¿Qué justificaría la idea de que, aunque el proyecto no pueda lograrse en esta vida, ya que la muerte lo convierte siempre en un intento vano, conserva valor y debe disfrutarse en la búsqueda, el trabajo, el esfuerzo y la aflicción? Puede haber indicios de creencia en la resurrección corporal de los muertos y de creencia en que todos los propósitos y promesas de Dios se lograrán en un cielo nuevo y una tierra nueva en Eclesiastés, pero incluso si Salomón no los articula directamente en este libro, ciertamente son parte de su tradición, que inicie en Génesis, continúa a través de la Torá de Moisés, y fue proclamada por los profetas desde Isaías hasta Daniel. Podemos asumir con seguridad que Salomón creía en estas ideas y esperaba que su audiencia supiera que la esperanza futura que él mismo articula en Proverbios informaría el valor que afirma que tiene incluso el trabajo vano (ver Pro 2:21; 3:18; 12:28; 13:12, 14; 15:24; 19:23; 23:17-18; 24:14, 20; 28:13, 16).

Salomón reconoce que ningún simple ser humano puede lograr los propósitos de Dios (ver Sal 127) y, sin embargo, debido a que son los propósitos de Dios y porque Dios recompensa a quienes los persiguen con la promesa de gozos futuros, vale la pena esforzarse por lograrlos con todas nuestras fuerzas, y uno debe disfrutar en el proceso de procurar hacer la voluntad de Dios. Así, se anima al perezoso a aprender de los diligentes preparativos de la hormiga (Pro 6:6-11), la diligencia resulta en riqueza y honor, mientras que el negligente y el perezoso solo obtienen vergüenza (10:4-5; 12:27; 13:4; 18:9; 20:4, 13; 21:5; 24:30-34), y el perezoso es como humo en los ojos (10:26). “En todo trabajo hay ganancia” (14:23). Los perezosos tienen temores injustificados (22:13; 26:13-16), pero los diligentes avanzan con valentía. La frugalidad y la moderada evitación del lujo también son parte de la ecuación del trabajo duro (21:17, 20; 28:19). Los trabajadores hábiles serán honrados (22:29) y disfrutarán de los frutos de su trabajo (27:18; 28:19).

Antes de considerar la declaración del Nuevo Testamento de que la resurrección hace que nuestro trabajo en el Señor no sea en vano, dirigimos nuestra atención a Aquel más grande que Salomón, el nuevo Adán, Jesús de Nazaret.

Uno más grande que Salomón

Miguel Ángel, el pintor, es famoso por su trabajo. Uno de sus logros más significativos adorna el centro del techo de la Capilla Sixtina y representa los dedos de Dios y Adán casi tocándose. Esa famosa descripción, sin embargo, tiene un contexto. El techo de esa capilla tiene más de 39 metros de largo y más de 12 metros de ancho, y está cubierto con unos 1524 metros cuadrados de pinturas. Hay más de 300 figuras pintadas en el techo, que representan historias de la Biblia y cuentan de forma visual la historia de la creación y la redención. El punto al que me refiero es que la descripción de los dedos de Dios y Adán en la creación del hombre tiene un contexto más amplio en el que debe entenderse, y lo mismo ocurre con la obra del Señor Jesús.

Por supuesto, podríamos comentar sobre la forma en que Jesús, como hijo de un carpintero/constructor, sin duda hizo un trabajo excelente, y podríamos comentar sobre la forma en que Sus enseñanzas elogian la buena mayordomía (ver las parábolas de los labradores malvados en Marcos 12:1-12, del mayordomo deshonesto en Lucas 16:1-13, y de los siervos inútiles en Lucas 17:7-10), así como del espíritu empresarial, la ambición, el ingenio y la diligencia (especialmente la parábola de los talentos en Mateo 25:14-30), pero no debemos dejar de ver el contexto teológico bíblico en el que Jesús lleva a cabo Su obra. Ha venido como el nuevo Adán, representante israelita, simiente de David, rey de Israel. Como tal, tiene un trabajo que hacer que debe entenderse en el contexto de toda la historia de la Biblia.

Como segundo Adán, debe triunfar donde el primero fracasó. El primero debía ejercer dominio sobre el templo cósmico de Dios, sirviéndolo y protegiéndolo, llenándolo y sojuzgándolo. Él falló. Entonces Salomón, hijo de David, rey de Jerusalén, que intentó el proyecto por sí mismo, afirma en el Salmo 127 que el Señor debe construir la casa (probablemente refiriéndose a la casa de David y la casa del Señor) y vigilar la ciudad, de lo contrario todo es vano (Sal 127:1-2). Jesús vino, maravilla de maravillas, como el Señor mismo (Mr 1:1-3), el Verbo hecho carne (Jn 1:14), Hijo de Dios e hijo de David (Mt 1:1-23; Lc 3:23-38), para construir la casa (Mt 16:18) y proteger la ciudad (Jn 18:4-9).

En el camino tuvo que establecer la justicia (Ro 3:24-26) a lo largo de Su vida para vencer el pecado y la muerte (1Co 15:21-22, 45-49) que el primer Adán desató en el mundo (Ro 5:12-21). Jesús vivió esa vida justa, sin hacer violencia con Sus manos, sin hablar engaño con Su boca (Is 53:9), tentado en todo, pero sin pecado (Heb

4:15). El hecho de que no cometió ningún pecado hizo que no mereciera el pago del pecado, la muerte (Ro 4:23), aun así, tuvo que morir, y aunque murió para pagar la pena merecida por otros, la muerte no tenía poder para retenerlo (Hch 2:24).

Jesús no solo revirtió la desastrosa derrota de Adán, sino que también recapituló la historia de Israel a lo largo de Su vida (ver Mt 1 – 4). Su notable nacimiento repite y trasciende el patrón de nacimientos notables desde Isaac hasta Juan el Bautista. Herodes tratando de matar a los hijos varones de Israel es como Faraón tratando de matar a los hijos varones de Israel. José lleva a María y a Jesús a Egipto, y luego regresa a la tierra prometida, donde Jesús es bautizado en el Jordán antes de Sus cuarenta días en el desierto, donde resistió la tentación. Luego, Jesús asciende al monte para entregar un nuevo depósito de revelación (Mt 5 – 7), antes de una demostración diez veces mayor de Su gran poder (Mt 8 – 10).

Todo esto, junto con el resto de Su vida, respalda lo que Jesús ora en Juan 17:4: “Yo te glorifiqué en la tierra, habiendo terminado la obra que me diste que hiciera”. Jesús completó la obra que el Padre le había encomendado hacer en Su vida, y completó la obra que el Padre le había encomendado hacer en Su muerte.

Todo lo que Jesús hizo fue a favor del proyecto más amplio de construir tanto la casa de David como la casa del Señor para poder ser el sumo sacerdote melquisedeciano del nuevo pacto (Heb 2:9-10, 17; 5:8-10). Jesús establece la casa de David dedicándose a la tarea de conocer la Torá y promulgarla. Jesús vivió Proverbios 28:4 al oponerse a Satanás y a la simiente de la serpiente al adherirse a la Torá de Moisés: “Los que abandonan la ley alaban a los impíos, Pero los que guardan la ley luchan contra ellos”. Su evidente justicia fue una reprensión para la generación de víboras que se le oponían: “Pero los que *lo* reprenden tendrán felicidad, Y sobre ellos vendrá abundante bendición” (Pro 24:25). Al guardar Su camino según la ley, Jesús demostró ser el digno rey de Deuteronomio 17, el hombre bendito del Salmo 1, el Rey cuyo trono el Señor establecería para siempre (2S 7:14).

Jesús cumplió la obra que el Padre le había encomendado de vivir con rectitud, morir vicariamente y resucitar triunfalmente, y también cumplió la obra de construir el templo del Espíritu Santo, la iglesia (Mt 16:18). La iglesia solo existe gracias a la vida justa, así como a la muerte salvadora y la resurrección justificadora del Señor Jesús (Ro 4:25). Luego ascendió al cielo y derramó el Espíritu Santo (Hch 2:33), dándole el don a la iglesia para que pudiera emprender la tarea de llenar el mundo con la gloria de Dios (Ef 4:7-16).

Jesús no solo realizó las obras de conocer muy bien la Torá, vivirla y amar a Sus discípulos hasta el fin (Jn 13:1) al ir a la cruz y construir la iglesia como templo del Espíritu, sino que también les explicó a Sus discípulos antes de Su partida, que iba a prepararles un lugar en la casa del Padre (Jn 14:1-2). Entendida en el contexto de la historia y el simbolismo de la Biblia, la casa del Padre se refiere al cumplimiento

del templo cósmico, el cielo nuevo y la tierra nueva, cuyo lugar santísimo es la nueva Jerusalén, que descenderá del cielo, procedente de Dios, en la consumación de todas las cosas (Ap 21:1-2, 15-27; 22:1-5).

Jesús es la palabra por quien el mundo fue hecho en el principio (Jn 1:3; Heb1:2), y habiendo hecho esa obra, también hace la obra necesaria para hacer el mundo nuevo al final, prometiendo también regresar por Sus discípulos (Jn 14:1-3; Heb 1:10-12; 9:27-28). Ha hecho, y continúa haciendo tanto que Juan afirma que, si todo estuviera escrito, el mundo no contendría los libros que detallan Sus logros (Jn 21:25).

Jesús construye la iglesia y construye el templo cósmico de los nuevos cielos y la nueva tierra. También edifica a Su pueblo, les da el Espíritu (Jn 20:21-23) y los envía a hacer obras mayores que las que Él hizo (14:12) al difundir el evangelio para hacer discípulos en todas las naciones (Mt 28:18-20).

Las instrucciones de Pablo

¿Cuál es el marco de referencia para el pensamiento de Pablo acerca de quiénes son los cristianos y la importancia del trabajo que realizan? Los autores del Nuevo Testamento entienden que el Antiguo Testamento se cumple en Cristo y la iglesia, y Pablo afirma dos veces que las Escrituras del Antiguo Testamento fueron escritas para cristianos (Ro 15:4; 1Co 9:9). Esto significa que Pablo asume y construye sobre material de todo el Antiguo Testamento, desde el relato de la creación en Génesis hasta el pacto en Deuteronomio y las enseñanzas de Salomón en Eclesiastés y Proverbios.

Entonces, el marco de referencia de Pablo para discutir el trabajo incluirá las cosas que hemos discutido sobre el Antiguo Testamento y su cumplimiento en Jesús de Nazaret. Pablo considera que los cristianos están en Cristo, el nuevo Adán, y por lo tanto el trabajo que realizan los cristianos debe entenderse en la historia principal de la Biblia. Dios puso a Adán en el jardín para trabajar y cuidarlo. Por su pecado fue expulsado. Luego Dios le dio a Israel el tabernáculo, y más tarde el templo, con los levitas y el sacerdocio aarónico como administradores de la morada de Dios, siendo la descendencia del linaje de David el constructor del templo. Cuando Adán fue expulsado del Edén, Israel fue exiliado de la tierra. Jesús vino como el cumplimiento del templo (Jn 2:19-21) y el rey constructor del templo del linaje de David (Mt 16:18; Jn 14:2), e inaugura el nuevo pacto entre Dios y Su pueblo (Lc 22:20), convirtiéndose en sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (Heb 1:3; 5:6-10).

Sin embargo, con los cambios que vienen en el nuevo pacto, Jesús no construye un templo literal en Jerusalén. Más bien, construye Su iglesia (Mt 16:18). Esto explica la insistencia del Nuevo Testamento en que la iglesia es el templo del Espíritu Santo

(por ejemplo, 1Co 3:16; 1P 2:4-5). Jesús está construyendo la iglesia, y Su pueblo no está obligado a adorar en lugares particulares sino en cualquier lugar donde se reúnan en Su nombre (Jn 4:21-24; Mt 18:20).

Todo esto significa que, como cristianos, debemos concebirnos como si estuviéramos en Cristo, el nuevo Adán (ver Ro 5:12-21). Estamos siendo hechos conforme a la imagen de Cristo (2Co 3:18), quien es Él mismo la imagen de Dios (Col 1:15). Aquellos que están en Cristo son parte de la nueva creación (2Co 5:17), y a medida que el evangelio da fruto es como si el nuevo Adán estuviera fructificando y multiplicándose (Col 1:6; comparar la traducción griega de Génesis 1:28). Jesús hace de Su pueblo “un reino, sacerdotes para Dios, su Padre” (Ap 1:6; ver también 1P 2:9).

¿Cómo influye este marco en nuestra identidad y comprensión de la importancia de nuestro trabajo? Llevar cautivos nuestros pensamientos al conocimiento de Cristo incluye las siguientes formas de pensar: Dios creó el mundo como un templo cósmico. Dios creó al hombre para que fuera la imagen y semejanza visible de Su presencia, poder, reinado, autoridad y carácter invisibles. Es decir, el hombre fue creado para ejercer el dominio de Dios como rey-sacerdote de Dios en el mundo. Cristo triunfó donde Adán fracasó, y aquellos que pertenecen a Cristo están siendo renovados a Su imagen. Los creyentes ahora tienen la oportunidad de edificarse unos a otros en la iglesia, el templo del Espíritu Santo, hasta que Cristo regrese para hacer todas las cosas nuevas.

Como reyes sacerdotes en Cristo, el nuevo Adán, Pablo insta a los creyentes a ofrecer sus cuerpos como sacrificios vivos, el servicio razonable en el templo del Espíritu Santo, la iglesia (Ro 12:1). El lenguaje de “edificación mutua” (14:19) y el llamado de Pablo a que cada uno “agrade a su prójimo en lo que es bueno para su edificación” (15:2) participa de la imagen de los creyentes que contribuyen a la forma en que Cristo está edificando su iglesia.

Imaginar nuestras vidas en estos términos nos ayuda a aceptar la advertencia de Pablo de que hagamos todo para la gloria de Dios (1Co 10:31), explica por qué él mismo trabajó tan duro (15:10), fundamenta su afirmación de que nuestro trabajo en el Señor es no en vano (15:58) y, dada la forma en que Adán no logró mantener a la serpiente fuera del huerto ni proteger a su mujer (ver Gn 2:15; 3:1-7), proporciona un trasfondo contextual para comprender las instrucciones de Pablo cuando escribe: “Estén alerta, permanezcan firmes en la fe, pórtense varonilmente, sean fuertes. Todas sus cosas sean hechas con amor” (1Co 16:13-14; ver también Ro 16:17-20).

El concepto que Pablo tiene de la iglesia informa directamente lo que dice acerca de los que solían ser ladrones, indicándoles que ya no roben, sino que hagan un trabajo honesto “a fin de que tenga qué compartir con el que tiene necesidad” en

Efesios 4:28, estos comentarios son inmediatamente precedidos en 4:25 por la afirmación, “porque somos miembros unos de otros”. La preocupación de Pablo por que los creyentes en Éfeso trabajaran de tal manera que elogiaran el evangelio también se puede ver en sus comentarios sobre esclavos y amos en Efesios 6:5-9. Cualquiera que sea la relación económica en la que se encuentren los creyentes, deben relacionarse con aquellos con quienes trabajan de una manera que honre a Cristo y testifique del evangelio, sirviendo a Jesús (6:5, 7) y creyendo que Él recompensará y juzgará (6:8-9, ver también Col 3:22-4:1).

Pablo se hace eco del llamado de Salomón a la diligencia con el objetivo doxológico en Colosenses 3:17: “Y todo lo que hagan, de palabra o de hecho, *háganlo* todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de Él a Dios el Padre” (ver también 3:23). Y por todas estas razones, Pablo instruye a los creyentes: “Tengan por su ambición el llevar una vida tranquila, y se ocupen en sus propios asuntos y trabajen con sus manos, tal como les hemos mandado; a fin de que se conduzcan honradamente para con los de afuera, y no tengan necesidad de nada” (1Ts 4:11–12). Así, los ociosos deben ser amonestados (5:11), y los que no responden deben ser disciplinados desde la iglesia (2Ts 3:6-15):

Ahora bien, hermanos, les mandamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que se aparten de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la doctrina que ustedes recibieron de nosotros. Pues ustedes mismos saben cómo deben seguir nuestro ejemplo, porque no obramos de manera indisciplinada entre ustedes, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que con dificultad y fatiga trabajamos día y noche a fin de no ser carga a ninguno de ustedes. No porque no tengamos derecho *a ello*, sino para ofrecernos como modelo a ustedes a fin de que sigan nuestro ejemplo.

Porque aun cuando estábamos con ustedes les ordenábamos esto: Si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma. Porque oímos que algunos entre ustedes andan desordenadamente, sin trabajar, pero andan metiéndose en todo. A tales personas les ordenamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que trabajando tranquilamente, coman su propio pan.

Pero ustedes, hermanos, no se cansen de hacer el bien. Y si alguien no obedece nuestra enseñanza en esta carta, señalen al tal y no se asocien con él, para que se avergüence. Sin embargo, no lo tengan por enemigo, sino amonéstelo como a un hermano.

Cinco observaciones sobre este pasaje:

1. La tradición recibida de Pablo (2Ts 3:6) es que los creyentes deben trabajar para mantenerse a sí mismos y a los demás en lugar de esperar que otros los apoyen.
2. Esta es la manera en que Pablo se comportó, trabajando por su alimento en lugar de sobrecargar a otros esperando que le proveyeran (3:7-8).
3. La regla de Pablo es que aquellos que se niegan a trabajar no deben ser alimentados por otros (3:10).
4. Aquellos que no realizan un trabajo útil, honesto y productivo probablemente adopten un comportamiento destructivo (3:11).
5. Pablo llama a la iglesia a avergonzarse a aquellos que se niegan a trabajar y no tienen nada que ver con ellos (4:14).

Dios no puso a Adán en el huerto del Edén para que tuviera un lugar agradable donde tomar una siesta y entregarse al vicio de la pereza. Más bien, Dios puso a Adán en el huerto para que él sometiera al mundo, para que ejerciera dominio, para que trabajara y guardara el jardín (Gn 1:26, 28; 2:15). Los creyentes en Jesús, aquellos que están unidos por la fe al nuevo Adán y, por tanto, en Él, buscan vivir su identidad de nueva creación (2Co 5:17; Ga 6:15) como mayordomos fieles usando todo lo que tienen y lo que son para el reino.

Discusión y reflexión

1. ¿Cómo se puede mantener un equilibrio entre trabajar demasiado y trabajar muy poco? ¿Qué es lo que en tu perspectiva del trabajo debe moldearse con las palabras de Ec 2:24-25: “No hay nada mejor para el hombre que comer y beber y decirse que su trabajo es bueno. Yo he visto que también esto es de la mano de Dios. Porque ¿quién comerá y quién se alegrará sin Él?”?
2. Como nuevo templo de Dios, ¿cuál debemos hacer nosotros, la iglesia, nuestra meta final a través de nuestro trabajo?
3. Haz una lista de cómo estos fundamentos bíblicos para el trabajo son diferentes de los puntos de vista del mundo.

Parte IV: La restauración

La Biblia no proporciona detalles sobre cómo será exactamente la vida de resurrección en los nuevos cielos y la nueva tierra. Lo que tenemos son trayectorias que surgen de líneas de expectativas del Antiguo y Nuevo Testamento. Podemos combinarlos con la información que se nos da en las declaraciones más directas para hacer algunas sugerencias sobre lo que podemos esperar con respecto a la obra que harán los creyentes resucitados en la restauración de todas las cosas. Podemos decir lo siguiente sobre la base de la enseñanza más amplia del Antiguo y Nuevo Testamento:

1. Dios cumplirá Sus promesas y los propósitos que se propuso lograr en la creación.
2. Esto significa que el templo cósmico contaminado por el pecado y la muerte será purificado y hecho nuevo, con la vida venciendo a la muerte en la nueva creación de los nuevos cielos y la nueva tierra.
3. Cristo resucitó de entre los muertos y fue glorificado, y los que le pertenecen serán resucitados como Él (mientras que Sus enemigos serán enviados al infierno). Cristo fue encarnado y reconocible, lo que implica que nosotros también lo seremos.
4. Pablo afirma que la resurrección implica que nuestro trabajo no es en vano (1Co 15:58). El valor continuo del trabajo que hacemos ahora podría implicar algunas ramificaciones continuas en la nueva creación, aunque el juicio purgador que rehace el mundo podría consumirlo todo, con el resultado de que el valor duradero surja del desarrollo del carácter logrado por el trabajo que hemos realizado.
5. El pueblo de Cristo reinará con Él en la restauración de todas las cosas, estableciendo el dominio adámico en todo el templo cósmico.

Varias declaraciones dejan claro que la intención de Dios en la creación y la redención es dar a conocer Su gloria. Una muestra aclarará el punto:

- Pero ciertamente, vivo Yo, que toda la tierra será llena de la gloria del SEÑOR (Nm 14:21).
- Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, Alabado sea el nombre del SEÑOR (Sal 113:3).
- Y el uno al otro daba voces, diciendo: “Santo, Santo, Santo es el SEÑOR de los ejércitos, Llena está toda la tierra de Su gloria” (Is 6:3).
- Pues la tierra se llenará Del conocimiento de la gloria del SEÑOR Como las aguas cubren el mar (Hab 2:14).
- Porque desde la salida del sol hasta su puesta, Mi nombre será grande entre las naciones, y en todo lugar se ofrecerá incienso a Mi nombre... (Mal 1:11).

- “Padre, glorifica Tu nombre”. Entonces vino una voz del cielo: “Y lo he glorificado, y de nuevo lo glorificaré” (Jn 12:28).
- Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria para siempre. Amén (Ro 11:36).
- Y oí decir a toda cosa creada que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el dominio por los siglos de los siglos” (Ap 5:13).

Dios construyó el templo cósmico como un teatro para la exhibición de Su gloria, y puso al hombre en el templo cósmico para llenarlo con aquellos que lo representan. La historia de la redención detalla cómo el hombre profanó el templo cósmico de Dios con pecado y muerte, pero Dios logró la salvación, redimiendo a los hombres de su esclavitud al pecado y la corrupción. Cuando Dios lleve todas las cosas a su debida consumación, el mundo estará lleno del conocimiento de Su gloria. Los propósitos de Dios en la creación se lograrán.

La Biblia también indica que en la nueva creación los juicios y las maldiciones serán eliminados a medida que Dios haga nuevos cielos y nueva tierra (Is 65:17; 66:22). Isaías 11 es interesante a este respecto, ya que la descripción del reinado del retoño del tronco de Isaí (Is 11:1-5) incluye al lobo morando con el cordero, el leopardo con el cabrito, el becerro y el león juntos, y un niño pequeño los guía, como la vaca y el oso pastan juntos y el león come paja como el buey (11:6-7). Dado que esta escena incluye al niño lactante jugando junto al agujero de la cobra (11:8), parece que la enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente (Gn 3:15) habrá llegado a su fin.

Isaías indica, entonces, que una vez que la simiente de la mujer haya aplastado definitivamente la cabeza de la serpiente (Gn 3:15), la enemistad entre ambos habrá terminado, y los carnívoros voraces, maliciosos y asesinos se contentarán con pastar como herbívoros. Esto parece apuntar a una época antes de que el Señor permitiera que se comiera carne (Gn 9:1-4), antes de que el pecado entrara en el mundo (3:6-19), cuando “todo animal de la tierra” tenía “toda planta verde para alimento” (1:30). Isaías 11 señala un tiempo en el que todo será como era, o mejor de lo que era, en el muy buen comienzo (1:31). Isaías 65:17 describe este estado futuro de las cosas: “Por tanto, Yo creo cielos nuevos y una tierra nueva, y no serán recordadas las cosas primeras ni vendrán a la memoria” (ver también Is 66:22; 2Co 5: 17; Ga 6:15; 2P 3:4-10, 13; Ap 21:1).

Los relatos de los Evangelios y las palabras de Pablo arrojan algo de luz sobre la naturaleza del cuerpo resucitado de Cristo. Entró en una habitación cuyas puertas estaban cerradas con llave (Jn 20:19). Su cuerpo físico podía ser tocado (20:27). Podía comer (21:15; ver también Lc 24:41-43). Pablo dice que el cuerpo resucitado resucita incorruptible (1Co 15:42), en gloria y poder (15:43), y espiritual (15:44),

siendo del cielo (15:47), y afirma que le pertenece a los creyentes (15:23) quienes “traeremos también la imagen del [cuerpo] celestial” (15:49). En otra parte Pablo dice que espera ser como Cristo en la muerte para poder alcanzar la resurrección de entre los muertos (Fil 3:10-11), y continúa diciendo que Cristo “transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de Su gloria” (3:21). Aunque nos faltan muchos detalles, podemos estar seguros de que los creyentes en Jesús disfrutarán de cuerpos resucitados como el que posee Cristo mismo (ver también Ro 8:21-23, 29-30).

La extensa discusión de Pablo sobre la resurrección en 1 Corintios 15 concluye con acción de gracias cuando dice: “A Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1Co 15:57). En sus siguientes palabras, Pablo establece un vínculo entre la resurrección y la seguridad de que lo que hacemos aquí es más que vanidad: “Por tanto, mis amados hermanos, estén firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo en el Señor no es en vano” (15:58). Esta tentadora declaración nos asegura el valor de lo que hacemos incluso cuando nos deja con ganas de más información. Como se señaló anteriormente, puede ser que así como habrá algún nivel de continuidad entre el cuerpo anterior y posterior a la resurrección, siendo Jesús reconocible pero al mismo tiempo glorificado y transformado, también puede haber algún nivel de continuidad entre el mundo tal como es. Ahora es y será. ¿Perdurará el trabajo “edificado sobre *el fundamento*” que “permanece” (1Co 3:14) hasta la nueva creación? Apenas podemos imaginar cómo sería eso. Quizás sea más fácil imaginar cómo los avances que hemos dado en dirección a la semejanza de Cristo se manifestarán en la resurrección, pero aquí nuevamente esperamos la revelación de lo que será. Creemos, sin embargo, que nuestro trabajo no es sin sentido, absurdo y vano, porque lo hacemos en el Señor.

La parábola de Lucas de las diez minas (Lc 19:11-27) puede arrojar algo de luz sobre la manera en que los creyentes reinarán con Cristo en la consumación de todas las cosas. Una parábola que responde a la expectativa de que el reino de Dios aparecería inmediatamente (Lc 19:11), cuenta la historia de un noble que confió minas a sus siervos para que pudieran administrarlas (19:12-13). A los que hacen el bien se les concede autoridad sobre las ciudades (19:17, 19), y esto parece señalar la manera en que los buenos administradores de los dones de Cristo ahora, recibirán autoridad de Él en el futuro. En este sentido, Pablo les dice a los corintios que los creyentes juzgarán al mundo y a los ángeles (1Co 6:2-3). Parece que el sacerdocio real en el que Cristo hizo la iglesia (Ap 1:6) será reyes-sacerdotes en la nueva creación, gobernando y juzgando, trabajando y guardando, llenando y dominando, como lo fue en el principio (Gn 1:28; 2:15).

Varias declaraciones en Apocalipsis indican que cuando Cristo establezca Su reino en la tierra, Su pueblo reinará con Él (Ap 3:20; 5:10; 20:4). La obra de ejercer dominio

sobre la creación de Dios, el templo cósmico, hará realidad el plan de Dios para que Su vicerregente a Su imagen y semejanza establezca Su dominio sobre toda la tierra. En Apocalipsis 2:26-27, Juan presenta a Jesús haciendo la siguiente promesa del Salmo 2 a aquellos que vencen: “Al vencedor, al que guarda Mis obras hasta el fin, LE DARÉ AUTORIDAD SOBRE LAS NACIONES; Y LAS REGIRÁ CON VARA DE HIERRO, COMO LOS VASOS DEL ALFARERO SON HECHOS PEDAZOS, como Yo también he recibido *autoridad* de Mi Padre”. Los vencedores ejercerán la autoridad que el Padre concedió al mismo Cristo.

Discusión y reflexión

1. ¿Cómo se cuestionó o afirmó en esta sección tu visión de cómo será el futuro?
2. ¿De qué manera puede tu trabajo ayudar a la difusión de la gloria de Dios (Hab 2:14)?
3. ¿Por qué debemos tener presente la consumación de los propósitos de Dios cuando vamos a trabajar?

Conclusión

Todos interpretamos nuestras vidas en el contexto de una historia más amplia que creemos que es cierta sobre el mundo, sobre Dios y sobre nosotros mismos. Los creyentes en Jesús quieren entender y aceptar la historia que creyeron los autores bíblicos. Esta historia explica por qué anhelamos la perfección: el hombre fue creado para un mundo sin pecado y una creación muy buena. Explica lo que salió mal y por qué morimos: Adán pecó y trajo la muerte al mundo, y seguimos a nuestro primer padre en la rebelión. La historia también explica por qué el trabajo es frustrante, difícil e incluso inútil: el pecado hizo que el trabajo de todos fuera más difícil. Y, sin embargo, Dios no permitirá que Satanás gane. La serpiente antigua ha sido y será vencida (Jn 12:31; Ap 20:1-3, 10). Los propósitos de Dios prevalecerán. La muerte será devorada por la victoria (1Co 15:54).

La historia de la Biblia también informa el trabajo que hacemos como portadores de la imagen de Dios hecha para representarlo en el templo cósmico. Cada actividad en la que participa la gente puede relacionarse con las tareas que Dios le dio al hombre en Génesis 1:28, 2:15 y 2:18. Nada, excepto el pecado, está desconectado de las grandes tareas de llenar y someter, ejercer dominio, trabajar, guardar y ayudar. Ahora que Cristo el nuevo Adán ha establecido la victoria de Dios, los creyentes estamos en Él y buscamos edificar la iglesia (Mt 28:18-20; 1Co 12-14), hacer el bien a todos los hombres (Ga 6:10), y adornar el evangelio con un trabajo honorable y excelente en cualquier vocación que recibamos (Tit 2:1-10).

James M. Hamilton Jr. es profesor de Teología Bíblica en *Southern Seminary* y pastor principal de la *Iglesia Bautista Kenwood* en Victory Memorial, ambas en Louisville, KY, donde vive con su esposa y sus cinco hijos. Además de *¿Qué es la Teología bíblica?*, *La gloria de Dios en la salvación a través del juicio*, Jim ha escrito *Typology—Understanding the Bible’s Promise-Shaped Patterns* [*Tipología: comprensión de los patrones en forma de promesa de la Biblia*], y su comentario más reciente es la obra de dos volúmenes sobre *Salmos* en la serie EBTC. Con Alex Duke y Sam Emadi, Jim es parte del equipo de podcasts BibleTalk.